

Ruth
Ozeki

**EL LIBRO DE LA FORMA
Y EL VACÍO**

Traducido del inglés por Laura Vidal

Título original: *The Book of Form and Emptiness*

Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street,
Edinburgh EH1 1TE.

Extracto de «One-Way Street», en *Reflections: Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*, de Walter Benjamin, traducido del alemán al inglés por Edmund Jephcott. Copyright de la traducción al inglés © 1978 by Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company. Reimpreso con permiso de Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Ruth Ozeki Lounsbury, 2021

© de la traducción: Laura Vidal, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-984-1

Depósito legal: M. 19.294-2022

Printed in Spain

*A mi padre,
cuya voz aún me guía*

[Pro captu lectoris] habent sua fata libelli.

[Según la capacidad del lector] los libros
tienen un destino u otro.

WALTER BENJAMIN, *Desembalando mi biblioteca*



Al principio

Un libro tiene que empezar por alguna parte. Tiene que haber una letra primera y valiente que se sitúe en la línea en un acto de fe, a partir de la cual otra palabra se anima y la sigue, arrastrando una frase consigo. A partir de aquí cobra forma un párrafo, poco después una página y ya el libro está en marcha, encontrando una voz, cobrando vida.

Un libro tiene que empezar por alguna parte y este empieza aquí.

Un niño

Shh... ¡Escuchad!

Ese es mi Libro y os está hablando. ¿Lo oís?

Aunque, si no es así, da igual. No es vuestra culpa. Las cosas hablan todo el tiempo, pero, si no tenéis los oídos afinados, deberéis aprender a escuchar.

Podéis empezar por usar los ojos, porque los ojos son fáciles. Mirad todas las cosas que os rodean. ¿Qué veis? Un libro, obviamente, y obviamente el libro os está hablando, así que probad con algo más difícil. La silla en la que estáis sentados. El lápiz que lleváis en el bolsillo. Las zapatillas deportivas que calzáis. ¿Seguís sin oír nada? Entonces, arrodillaos y apoyad la cabeza en el asiento, o quitaos la zapatilla y acercadla a la oreja. No, esperad. Si hay alguien cerca, pensará que estáis locos, así que probad primero con el lápiz. Los lápices llevan dentro historias y son inofensivos, siempre que no te claves la punta en el oído. Sostenedlo cerca de la cabeza y prestad atención. ¿Oís el susurro de la madera? ¿El fantasma del pino? ¿El murmullo del plomo?

A veces hay más de una voz. En ocasiones hay todo un coro de voces que salen de un solo objeto, sobre todo si es un objeto Fabricado por muchas manos distintas, pero no os asustéis. Creo que depende de si tenían o no un buen día en Guangdong, en Laos o donde fuera y, si era un buen día en el taller de trabajo esclavo, si estaban teniendo un pensamiento agradable en el preciso instante en que esa arandela de ojete en concreto rodó por la cadena de montaje y pasó por sus dedos, entonces ese pensa-

miento agradable se aferrará a la arandela. En ocasiones no es tanto un pensamiento como una sensación. Una sensación cálida y agradable, como el amor, por ejemplo. Soleada y amarilla. Pero cuando es tristeza o enfado lo que entra en contacto con el cordón de tu zapatilla, entonces más te vale estar atento, porque esa zapatilla puede hacer cualquier locura, como por ejemplo llevar tus pies hasta una tienda Nike, donde podrías terminar haciendo añicos el escaparate con un bate de béisbol hecho de madera furiosa. Si eso ocurre, no es culpa vuestra. Limitaos a pedir perdón al escaparate, decidle al cristal que lo sentís y, sobre todo, no intentéis dar explicaciones. Al agente que os detenga le dan igual las condiciones de mierda en que se trabaja en la fábrica de bates. Tampoco le interesarán las motosierras ni el robusto fresno que una vez fue el bate, así que mantened la boca cerrada. Estaos tranquilos. Sed educados. Acordaos de respirar.

Es muy importante no alterarse, porque, de lo contrario, las voces tendrán ventaja y se apoderarán de vuestra cabeza. Los objetos son exigentes. Ocupan sitio. Requieren atención y os volverán locos si les dejáis. Así que recordad, sois como el controlador aéreo... No, esperad, sois como el director de una gran banda hecha de toda la música de jazz que existe en el planeta y flotáis en el espacio exterior, encima de ese gran montón de basura que es el mundo, con el pelo peinado hacia atrás, todo trajeados y con la batuta en alto, rodeados de ávidos objetos. Y entonces, por un instante raudo, hermoso, todos se callan y esperan a que bajéis la batuta.

Música o locura. Solo depende de vosotros.

Parte uno

En casa



Toda pasión bordea lo caótico, pero la pasión
del coleccionista bordea un caos de recuerdos.

WALTER BENJAMIN,
Desembalando mi biblioteca

El Libro

1

Empezaremos por las voces, entonces.

¿Cuándo las oyó por primera vez? ¿Cuándo era aún pequeño? Benny fue un niño menudo que tardó en desarrollarse, como si sus células fueran reacias a multiplicarse y ocupar espacio en el mundo. Parece que dejó prácticamente de crecer cuando cumplió los doce, el mismo año que su padre murió y su madre empezó a engordar. El cambio fue sutil, pero Benny parecía encogerse a medida que Annabelle ensanchaba, como si metabolizara el dolor de su hijito a la vez que el suyo propio.

Sí. Va a ser eso.

Así que tal vez las voces empezaron también por aquella época, poco después de que muriera Kenny. Murió en un accidente de coche... No, lo mató un camión. Kenny Oh era clarinetista de jazz, pero su verdadero nombre era Kenji, y así lo vamos a llamar. Tocaba sobre todo *swing*, música de *big band*, en bodas y *bar mitzvás* y en clubes bohemios de estética *camp* del centro de la ciudad donde todos los tipos llevaban barba, sombrero *porkpie* y vestían camisas de cuadros y apolilladas chaquetas de *tweed* del Ejército de Salvación. Había tenido una actuación y después se fue a beber o a drogarse o a lo que hiciera con sus amigos músicos, a correrse una juerga, pequeña, pero que bastó para que, de camino a casa, cuando tropezó y se cayó en el callejón, no viera la necesidad de levantarse inmediatamente. No estaba lejos, solo a

unos metros de la cancela desvencijada que llevaba a la parte de atrás de su casa. De haber podido arrastrarse un poco más, no le habría pasado nada. Pero lo que hizo fue quedarse tumbado boca arriba en el charco de luz mortecina que proyectaba la farola sobre el contenedor de basura de la Tienda de Segunda Mano Gospel Mission. El largo frío invernal había empezado a levantar y en el callejón flotaba una bruma de primavera. Se quedó allí mirando la luz y las diminutas partículas de humedad que revoloteaban alegres en el aire. Estaba borracho. O drogado. O ambas cosas. La luz era hermosa. Aquella tarde había discutido con su mujer. Tal vez se arrepentía. Tal vez se hacía propósito de enmienda. ¿Quién sabe lo que hacía? Tal vez se durmió. Esperemos que fuera así. En cualquier caso, allí seguía alrededor de una hora más tarde, cuando el camión de la basura entró con gran estrépito en el callejón.

No fue culpa del conductor del camión. El callejón estaba lleno de surcos y socavones. El suelo estaba cubierto de bolsas de basura medio vacías, restos de comida, bultos de ropa mojada y pequeños electrodomésticos rotos que los que rebuscaban en los contenedores no se habían llevado. En la luz plana y gris del amanecer lloviznoso, el conductor del camión no podía distinguir la basura del delgado cuerpo del músico, que para entonces estaba cubierto de cuervos. Los cuervos eran amigos de Kenji. Solo intentaban ayudarlo, manteniéndolo caliente y seco, pero todo el mundo sabe que a los cuervos les encanta la basura. ¿Es de extrañar que el conductor confundiera a Kenji con una bolsa de basura? El conductor odiaba los cuervos. Los cuervos traían mala suerte, así que los embistió con el camión. El camión transportaba cajas de pollos vivos al matadero chino que había al final del callejón. El conductor pisó el acelerador y notó el cuerpo contra las ruedas cuando los cuervos taparon el parabrisas con sus aleteos, impidiéndole ver y haciendo que perdiera el control y derrapara contra el muelle de carga de la imprenta Eternal Happiness S. L. El camión volcó y las cajas de pollos salieron despedidas.

Los graznidos de las aves despertaron a Benny, la ventana de cuya habitación daba a los contenedores. Aguzó el oído y la puer-

ta de atrás se cerró de golpe. Un grito agudo y delgado subió desde el callejón, se desenroscó igual que una cuerda, igual que un tentáculo vivo, serpenteó hasta su ventana, lo enganchó y lo sacó de la cama. Fue hasta la ventana, separó las cortinas y miró la calle. El cielo empezaba a clarear. Vio el camión volcado, con las ruedas girando, y el aire lleno de alas batientes y plumas revoloteando, aunque, al haber crecido en jaulas, aquellos pollos no podían volar. En realidad ni siquiera tenían aspecto de aves. No eran más que unas criaturas blancas y peludas, como los Tribbles de *Star Trek*, escabulléndose hacia las sombras. El delgado grito se tensó igual que un cable y guio los ojos de Benny hasta una figura espectral envuelta en una nube de un blanco diáfano, el origen del sonido, el origen de su mundo: su madre, Annabelle.

Estaba en camisón, sola, en el charco de luz que proyectaba la farola. A su alrededor había movimiento, plumas que caían como copos de nieve, pero ella estaba muy quieta, igual que una princesa de hielo, pensó Benny. Miraba algo que había en el suelo y, como en un fogonazo, Benny supo que ese algo era su padre. Desde donde estaba, en la ventana del piso de arriba, no podía ver la cara de su padre, pero reconoció sus piernas, que estaban dobladas y pataleaban igual que hacían cuando Kenji bailaba, solo que ahora estaba tumbado de costado.

Su madre dio un paso adelante. «¡Nooooo!», gritó, y cayó de rodillas. Su espesa melena dorada se derramaba sobre sus hombros, atrapaba la luz de la farola y formaba una cortina alrededor de la cabeza de su marido. Se inclinó hacia él y, mientras trataba de incorporarlo, susurraba: «No, Kenji, no, no, por favor. Perdóname. No hablaba en serio...».

¿La oía él? Si hubiera abierto los ojos justo en ese momento, habría visto la bonita cara de su mujer flotando sobre él igual que una luna pálida. Quizá así fue. Habría visto los cuervos posados en los tejados y meciéndose en los cables del tendido eléctrico, observando. Y quizá, al mirar por encima del hombro de su mujer y más allá, habría visto a su hijo mirando también, desde su lejana ventana. Digamos que sí vio todo esto, porque las piernas baila-

ron más despacio, dejaron de patalear y se quedaron quietas. Si, en ese momento, Annabelle fue la luna de Kenji, entonces Benny fue la estrella lejana, y al verlo allí, titilando reluciente en el pálido cielo del amanecer, Kenji hizo un esfuerzo por mover el brazo, por levantar la mano, por agitar los dedos.

Como si quisiera decirme algo, pensó más tarde Benji. Como si se despidiera.

Kenji murió de camino al hospital y el funeral se celebró la semana siguiente. Le correspondía a Annabelle ocuparse de los preparativos, pero esas cosas no se le daban demasiado bien. Kenji era el sociable de la pareja y nunca habían invitado o recibido a gente en casa. Annabelle tenía pocos o ningún amigo.

El encargado de la funeraria le hizo muchas preguntas sobre los familiares de su ser querido y sobre sus creencias religiosas que le resultó difícil contestar. Por lo que ella sabía, Kenji no tenía familia. Había nacido en Hiroshima, pero sus padres habían muerto cuando era pequeño. A su hermana, de meses de edad, la habían enviado a vivir con unos tíos, mientras que a Kenji lo habían criado sus abuelos en Kioto. Kenji rara vez hablaba de su infancia, excepto para decir que sus abuelos eran muy tradicionales y estrictos y que no se entendía bien con ellos, pero por supuesto ya estaban también muertos. Era de suponer que la hermana seguía viva, pero Kenji había perdido el contacto con ella. En los primeros años de matrimonio, cuando Annabelle le preguntaba, se limitaba a sonreír, a acariciarle la mejilla y a decir que no necesitaba más familia que ella.

En cuanto a la religión, sabía que los abuelos de Kenji habían sido budistas y en una ocasión este le había hablado de una temporada durante sus años de universitario en que vivió en un monasterio zen. Recordaba cómo se había reído Kenji. «¿No es gracioso? ¡Un monje! ¡Yo!» Y Annabelle se había reído también, porque Kenji no tenía nada de monacal. Él decía que no necesitaba la religión porque tenía el jazz. El único objeto religioso que

poseía era un rosario, que a veces se enrollaba alrededor de la muñeca. Era bonito, pero Annabelle nunca lo había visto usarlo para rezar. Dadas las raíces budistas de Kenji, no parecía apropiado que un ministro cristiano oficiara el funeral, de manera que, en respuesta a las preguntas del encargado, Annabelle dijo que no, no había familia ni fe, y no habría servicio religioso. El encargado pareció decepcionado.

«¿Y por el lado de usted? —preguntó solícito, y cuando Annabelle vaciló, añadió—: En momentos como este es bueno tener familia...»

Un recuerdo parpadeó, espectral. Annabelle pensó en el cuerpo encogido de su madre en la cama del hospital. En la sombra oscura de su padrastro acechando en el umbral. Negó con la cabeza. «No —interrumpió con firmeza al encargado—. He dicho que no tenemos familia.»

¿No se daba cuenta? Kenji y ella estaban solos en el mundo y eso era lo que los había mantenido unidos hasta que llegó Benny.

El encargado de la funeraria consultó su reloj y pasó a otra cuestión. Preguntó si Annabelle había considerado la posibilidad de un velatorio con el ataúd abierto. De nuevo Annabelle vaciló, así que el encargado le explicó. Ver los restos mortales cuidadosamente restaurados de un ser querido podía mitigar el trauma que a menudo causaba ser testigo de un trágico accidente. Aliviaría los recuerdos dolorosos y ayudaría a los que habían sufrido la pérdida a aceptar la realidad de la muerte física. La sala del velatorio era íntima y estaba decorada con gusto. La funeraria estaría encantada de proporcionar bebidas para los invitados, una amplia selección de té y café con un surtido de deliciosas leches monodosis de diferentes sabores ¿y quizá también unas galletas?

¿Leches monodosis?, pensó Annabelle tratando de no sonreír. ¿Está de broma? Quiso recordar aquello para contárselo después a Kenji —era una de esas cosas absurdas que le harían reír—, pero el encargado esperaba, de manera que se apresuró a decir que sí, que unas galletas estarían bien. El encargado lo anotó y a continuación preguntó qué quería hacer con los restos mortales de su

ser querido. Sentada en el borde del sofá tapizado, Annabelle se oyó decir sí a una incineración y no a una sepultura o a un nicho en la cripta, cuando de pronto le vino a la cabeza un pensamiento: no podría contarle a Kenji lo de las deliciosas leches monodosis de sabores porque Kenji estaba muerto. A este pensamiento siguió inmediatamente una sucesión de otros: que el ser querido de cuyos restos mortales estaban hablando era Kenji, y que eran los restos mortales del cuerpo de Kenji, el mismo amado cuerpo que tan bien conocía y que, cuando cerraba los ojos, veía con toda claridad, los músculos fibrosos de sus hombros, la piel leonada y tersa, la curva de su espalda desnuda.

Se disculpó y preguntó si podía ir al baño. Faltaría más, dijo el encargado, y señaló con el dedo el pasillo enmoquetado. Annabelle cerró la puerta después de entrar. Dentro de los aseos, ambientadores perfumados impregnaban el aire desde todos los enchufes de la pared. Se arrodilló delante de la taza del váter y vomitó en el agua desinfectada color azul brillante.

El cuerpo de Kenji estaba ahora dentro de un ataúd abierto en una habitación tipo sala de estar de la funeraria. Cuando Benny y Annabelle llegaron para verlo, el encargado los hizo pasar y a continuación retrocedió, discreto, para darles un momento de intimidad. Annabelle inspiró hondo. Agarrada al codo de su hijo, echó a andar hacia el ataúd. Benny nunca había caminado de esa manera, con su madre cogida de su brazo como si él estuviera a cargo. Se sintió igual que una barandilla o un pasamanos. Con el cuerpo rígido, la sujetó, la guio hacia delante hasta que estuvieron los dos junto al ataúd.

Kenji era un hombre menudo, empequeñecido ahora por la muerte. Iba vestido con la americana milrayas azul clara que había escogido Annabelle, la que se ponía con vaqueros negros cuando tocaba en bodas veraniegas, pero sin el sombrero *porkpie*. Tenía el clarinete sobre el pecho. Annabelle exhaló, un suspiro largo, blando y desanimado.

—Tiene buen aspecto —susurró—. Como si estuviera dormido. Y el ataúd es bonito. —Cuando Benny no contestó, le dio un tirón en el brazo—. ¿No te parece?

—Supongo —dijo Benny. Estudió el cuerpo dentro del elegante ataúd. Tenía los ojos cerrados, pero la cara no parecía lo bastante viva para una persona dormida. Ni siquiera para una persona muerta. No tenía aspecto de algo que hubiera estado vivo alguna vez. Alguien había usado maquillaje para tapar las magulladuras, pero su padre nunca se habría puesto maquillaje. Alguien había cepillado el pelo largo y negro y lo había repartido sobre el cojín de satén. Kenji solo llevaba el pelo suelto y cayéndole así cuando estaba en casa descansando. En público siempre se lo recogía en una coleta gruesa y negra. Todos aquellos detalles le demostraban a Benny que aquella cosa que estaba en el ataúd no era su padre—. ¿Vas a quemar también el clarinete?

Se sentaron en rígidas sillas plegables dispuestas a un lado y esperaron. Empezó a llegar gente. Su anciana casera china, la señora Wong. Dos compañeras de trabajo de Annabelle. Los miembros de la banda de Kenji y sus amigos del mundo de los clubes nocturnos. Los músicos se quedaron de pie con aspecto de querer irse, pero el encargado de la funeraria los urgió a entrar. Nerviosos, caminaron hasta el ataúd. Algunos se demoraron y lo miraron con atención. Otros hablaron al cadáver, o hacían una broma —«Un camión de pollos, ¿en serio, tío?»— que Annabelle simuló no oír y luego, al ver la mesa con los refrescos, se dirigieron rápidamente hacia ella y se detuvieron solo para decirle unas palabras torpes y dar a Benny un abrazo rápido y acariciarle la cabeza. Annabelle se mostró magnánima. Eran los amigos de su marido. Benny tenía doce años y detestó las caricias, pero detestó más los abrazos. Algunos de los miembros de la banda le dieron un suave puñetazo en el hombro. Los puñetazos no lo molestaron.

Tal vez fuera el clarinete en el ataúd lo que dio la idea a alguien, pero a medida que iban llegando más personas, fueron apareciendo otros instrumentos, y entonces un par de miembros de la banda se instalaron en un rincón de la habitación y empezaron a

tocar. Un jazz suave, nada escandaloso. Llegaron más visitas. Cuando apareció una botella de whisky en la mesa de los refrescos, junto a las leches monodosis, el encargado de la funeraria dio muestras de ir a objetar, pero el trompetista hizo un aparte con él y le habló. El encargado reculó y la banda empezó a tocar.

Kenji conocía a personas que sabían divertirse, y cuando llegó el momento de transportar el cuerpo de su amigo al crematorio, los músicos cancelaron el coche fúnebre y tomaron las riendas. Annabelle les siguió la corriente. El ataúd era pesado, pero Kenji añadía poco a su peso, de modo que pudieron levantarlo y se fueron turnando para transportarlo a hombros, al estilo de Nueva Orleans, por los estrechos callejones y las calles oscuras y resbaladizas por la lluvia. Annabelle y Benny caminaron con ellos. Alguien los condujo a la cabeza de la comitiva, justo detrás del féretro, y le dio a Benny un paraguas rojo brillante, que sostuvo bien alto sobre la cabeza de su madre, con orgullo, como si fuera un banderín o un estandarte, hasta que el brazo se le puso tan rígido que pensó que se le iba a romper.

Era primavera y la lluvia había arrancado las flores de los ruelos, y los pétalos rosa pálido yacían aplastados en el pavimento. En el cielo, unas gaviotas volaban en círculos y chillaban, subiendo cada vez más alto, impulsadas por las corrientes de aire. Desde donde estaban, el paraguas rojo debía de parecer el ojo rojo de una serpiente que reptaba despacio por la ciudad empapada. Los cuervos estaban más abajo, siguiendo más de cerca la comitiva, volando de rama a rama por entre los árboles, posados en farolas y en el tendido eléctrico. A aquellas alturas la banda estaba casi completa, y mientras los dolientes desfilaban en la lluvia grisienta, los músicos tocaban canciones fúnebres y bebían de botellas metidas en bolsas de papel marrón que se iban pasando, mientras prostitutas y yonquis revoloteaban detrás de ellos igual que basura sacudida por el viento.

Dentro del crematorio no había espacio suficiente para todos, pero la lluvia había amainado, de manera que los músicos se quedaron fuera, en la calle, y continuaron tocando. Annabelle y Benny

siguieron el ataúd hasta la entrada, pero, cuando se abrió la puerta, Benny reculó. Había oído hablar del horno. Incluso si lo que estaba dentro del ataúd no era su padre, no quería verlo arrojado al fuego y ardiendo igual que un tronco o asándose como un trozo de carne, así que insistió en quedarse fuera con el trompetista, quien dijo que no había problema. Annabelle pareció consternada y a continuación se decidió. Cogió la tersa y redonda cara de su hijo con las dos manos, le dio un beso rápido y se volvió al trompetista:

—No lo pierdas de vista —dijo, y desapareció dentro del crematorio.

La banda cambió los cantos fúnebres por un repertorio de Benny Goodman. Goodman era el compositor favorito de Kenji. Tocaron *Body and Soul* y *Life Goes to a Party*. Tocaron *I'm a Ding Dong Daddy* y *China Boy*, y *The Man I Love*, y mientras lo hacían Benny pensaba con el corazón desbocado en las llamas del horno. Cuando llegó el solo de clarinete de *Sometimes I'm Happy*, los metales callaron y dejaron que el percusionista marcara el tiempo con las escobillas, respetando el espacio vacío que debía haber llenado el clarinete. Era el tema estrella de Kenji y casi podía oírse su *riff* fantasmal creciendo en la bruma. Y es posible que Benny lo oyera. Escuchaba con atención y, en cuanto terminó la pausa y entraron de nuevo los vientos, se escabulló. Era enjuto como su padre, un chiquillo delgado abriéndose paso entre los músicos, que para entonces estaban demasiado colocados para darse cuenta. Había visto dónde había ido su madre. Cuando la gruesa puerta se cerró detrás de él, seguía oyendo la música fuera, pero ahora sus oídos estaban pendientes de otra cosa.

¿Benny...?

La voz hablaba desde algún punto de las profundidades del edificio, y la siguió. Mientras recorría el pasillo en penumbra, el ruido del sistema de ventilación subió de volumen. Llegó a una sala de espera amueblada con un sofá y algunas butacas bajas. En una mesa auxiliar había un jarrón con lirios blancos de plástico

junto a una caja de pañuelos de papel. Una ventana panorámica daba a la cámara de cremación, y aunque Benny no sabía cómo se llamaba, sabía lo que ocurría en ella, al otro lado del cristal. Vio a su madre. Sostenía el clarinete de su padre, que resultaba extraño y torpe en sus manos porque no sabía tocarlo. A su lado estaba el ataúd caro. Vacío. ¿Qué había sido del cuerpo? Su madre estaba sola, a excepción de un empleado. Estaban cada uno en lados opuestos de una caja de cartón larga y delgada, tan anodina que Benny apenas reparó en ella hasta que oyó de nuevo la voz.

¿Benny...?

¿Papá?

Era la voz de su padre. Benny apenas la oía con el estrépito de la ventilación, pero supo que procedía de la caja de cartón. Se puso de puntillas y trató de ver lo que había dentro.

Ay, Benny...

Su padre sonaba tan triste, como si quisiera decir algo pero fuera demasiado tarde y, justo en ese momento, Annabelle asintió con la cabeza y se giró, y el empleado se adelantó y puso la tapa a la caja. Benny pegó las palmas de las manos al cristal.

—¡Mamá! —gritó golpeando el cristal—. ¡Mamá!

Como por voluntad propia, la caja empezó a moverse.

—¡No! —gritó Benny, pero el cristal era grueso, el ventilador hacía mucho ruido y la caja de cartón se movía ya, subía despacio por una corta rampa hacia la boca del horno, que se abrió para recibirla. Benny vio la garganta ardiente y la lengua de fuego, oyó el rugido bajo y profundo de las llamas y el aire succionado mezclado con el lamento de un solo de trombón procedente de la calle. *Don't Be That Way*. Estaban tocando *Don't Be That Way*. No estás triste.

Benny aporreó el cristal con los puños.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Entonces Annabelle levantó la vista. Sujetaba el clarinete de Kenji y tenía el rostro blanco como la ceniza y cubierto de lágrimas. Vio a su hijo a través del cristal y extendió las manos hacia él, y Benny vio sus labios moverse formando las letras de su nombre.